



Entrar en la yerba de acero
En que el fakir se acuesta, es fácil;
Pero salir hacia la gloria, matar al tiempo
En que los dioses cultivan como pasión principal, no
tener ninguna,
Ya no lo es tanto. Tampoco es fácil que la luna
desayune en el jardín
Y se nutra de pájaros que explotan después de tanto
vuelo acumulado
E invada viejos castillos equilibrados sobre las
pestañas,
Secretas antelaciones, manos que aprenden a tañer
sexos trashumantes,
Sexos viajeros que de pronto se fijan en la más alta
rama del otoño
Y desde ahí accionan los vivos telares del gozo
Movilizando órbitas de fósforo
E inmovilizando fuentes muy verdes que semejan
árboles.
Ser claro es mirar con el ojo ausente de los tuertos
Y predicar —las manos en cuerno— por la vuelta de
los poderes perdidos
Y por el regreso de botellas que al ensanchar sus
paredes y convertirse en globos,

Obtuvieron un paraíso que ni por la sangre ni el fuego
será conquistado.

Lo claro se difunde y es un hilo que se rompe sólo con
mirarle,

Así como se rompen contra el filo de las nubes

Las frágiles patas de ciertos caballos voladores.

También la noche es claridad cuando a cara o cruz se

Juega su derecho a mandar sobre los astros,

A tirar dados cargados y vencer toda conjura

Como quien sopla en un mortero donde se muelen los
restos de una mariposa.

Pero estos son detalles, lumbres escénicas por las que
una boscosa aparición amanece o se despide,

Hundiéndose en mi nacimiento, desnudándose hasta
la cintura,

Quitándose terciopelos y sayales, trozos humeantes de
experiencia,

Fechas, recuerdos, horas de amarilla raíz

Y escarabajos abstractos que la razón nadapoderosa
inventa.

En mi nacimiento está mi fin.

Aquí me es devuelta mi osamenta verdadera,

Aquí se deslavan punibles escrituras

Y el ebrio planeta de mi alma

Reúne horas de vuelo sin que el tiempo pase.